

Raquel Gamó y Raúl Conde en “El desarraigo cultural, efecto de la despoblación en Castilla-La Mancha” escriben lo siguiente: “El escritor Emilio Gancedo, autor del ensayo *Palabras mayores* (Ed. Pepitas de Calabaza) sostiene que la despoblación constituye un «proceso descivilizador». Esto quiere decir que el desprecio al pueblo y a sus formas de vida, con todos los cambios que se quieran considerar, supone una catástrofe cultural de consecuencias muy negativas. El concepto de civilización se asocia a lo urbano. El pueblo aún sigue arrastrando una imagen asociada a formas de vida antañonas o, como mucho, a lugares de esparcimiento para el tiempo de asueto [...] En este punto hay que considerar la necesidad de afrontar este proceso desde una visión que tenga en cuenta de forma prioritaria aspectos como la educación y la cultura. La mayoría de los proyectos orientados a facilitar la instalación de nuevos vecinos, los llamados «neorrurales», ha fracasado porque, en lugar de un proceso progresivo de adaptación, derivaba en una forma impostada y algo precipitada de aterrizar en un pueblo. Vivir en un pueblo ofrece muchas ventajas, la mayoría, vinculadas a la calidad de vida. Pero también supone un ejercicio que puede llegar a ser muy duro si la persona no está preparada mentalmente. La única manera de garantizar el asentamiento de población de forma efectiva es a través del arraigo cultural e identitario. Nadie que no se sienta vinculado personal o incluso emocionalmente a un lugar podrá residir a medio y largo plazo en áreas rurales, por muchas expectativas laborales que éstas generen. Que tampoco es el caso en

muchas de las comarcas de la región castellano-manchega”.<sup>5</sup>

Si partimos de la base de que Castilla-La Mancha es una comunidad autónoma solo desde 1982, se podría decir que uno de los grandes errores de muchos de los acercamientos que se hacen para intentar definir una identidad manchega, es incluirla en una demarcación artificial: la de Castilla-La Mancha. La Mancha es otra “cosa”, otra posible “identidad” cuyos límites van más allá de cualquier reducción identitaria o geográfica castellanomanchega, un engendro administrativo que de poco nos sirve para conocer la esencia de lo manchego, si es que dicha esencia existe y no es que simplemente formamos parte de una esencia del ser humano universal sin más etiquetas.

Por otro lado, si tenemos serias dudas sobre nuestra propia identidad, ¿cómo podemos ni siquiera intentar formular una identidad manchega? ¿Dónde empieza nuestro Yo y dónde termina el de “los otros”, la intimidad y la *extimidad*, la mismidad y la otredad? ¿Cómo trazar la frontera de lo individual y lo común, la interdependencia de nuestro pensamiento y de nuestra existencia con el pensamiento y la existencia de los otros, si como colectividad humana no nos impulsa esa “fe en sí misma” de la que antes hablaba Edmund Husserl?

En algunos de mis escritos, me atreví a hablar de una doble identidad manchega, pero en verdad estaba hablando de lo poco que sé de mi propia

---

<sup>5</sup> Raquel Gamó y Raúl Conde, “El desarraigo cultural, efecto de la despoblación en Castilla-La Mancha” en *Lumbre y ascuas. Apuntes sobre cultura en Castilla-La Mancha a comienzos del siglo XXI. Monograma Revista Iberoamericana de Cultura y Pensamiento*, n.6, 2020.